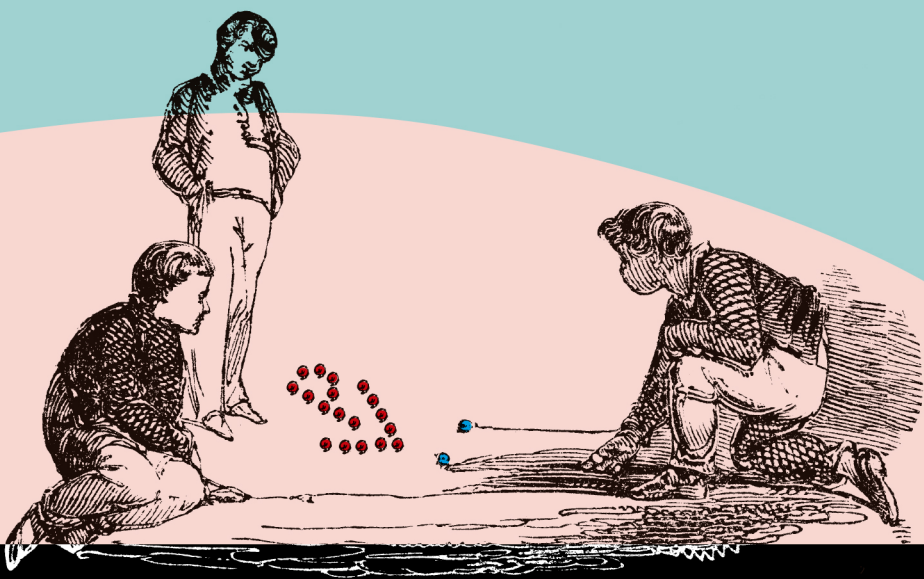
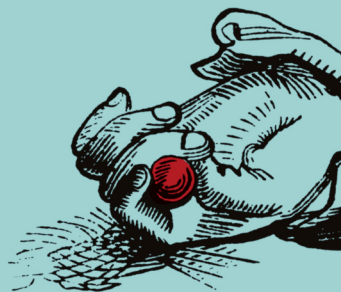




GUILLERMO SACCOMANNO

El pibe



BIBLIOTECA
SACCOMANNO



Guillermo Saccomanno

El pibe



MATADEROS

En las mañanas de invierno, los camiones de hacienda estacionan por la avenida Directorio enfilados hacia el frigorífico Lisandro de la Torre. En la negrura de las jaulas el ganado se mueve nervioso presintiendo su destino de corral y matadero. Si un animal se cae en el interior de la jaula, entre los cuerpos y las patas, los mugidos y los golpes, la bosta salpica fuera del camión. En esas mañanas de invierno, cuando vamos al colegio, no hay que pasar cerca de los camiones. Una salpicadura puede enchastrarte el guardapolvo blanco y almidonado.

Cruzando Directorio hacia el norte, empieza el empedrado, a diferencia de nuestras calles, que son de tierra y tienen zanjas. De aquel lado, se es más de clase media que acá, apenas una cuadra más al sur, donde el hedor del ganado, la pestilencia de las curtiembres y el agua estancada de las zanjas enrarecen el aire, que todavía es de campo. Acá, la clase media decae en un proletariado peronista con ínfulas de pequeña burguesía.

Por Directorio pasan los colectivos que llevan al centro. Para nosotros, los pibes, Flores ya tiene algo del centro, con sus luces, con sus tentaciones. Pero, según los muchachos del bar, el centro no es para los pibes. Podés perderte. Y cuando dicen perderte no aluden sólo a esas calles desconocidas, sentirse nadie entre tanta gente. Perderse es resbalar en algún vicio sin retorno. Desde estas calles de tierra, todo lo que está más allá de la avenida es un sueño turbio.

Pero éste no es el único límite del barrio. El parque Avellaneda, hacia el este, puede ser otro. Todo un paisaje boscoso, una vegetación que avanza sobre los senderos que dan al corazón de la arboleda frondosa, donde se alza un casco de estancia. Allí, en esa casona, dicen, torturaban a presos políticos en tiempos de los conservadores.

El parque tiene también un trencito que lo recorre, una calesita, un campo deportivo, un natatorio y, al fondo, un baldío en el que se acumulan caños y materiales de construcción. De día, el parque contagia su bucolismo: la ciudad remota, con sus ecos, apenas se siente. De noche, en cambio, el parque es peligroso. Unos cirujas paran en ese baldío. Duermen en los caños. Secuestran chicos, se dice. Los violan. A uno, parece, le arrancaron los ojos y ahora lo tienen mendigando para ellos. Estas historias, que se vuelven leyenda, son un formidable recurso que sirve a las madres para que sus hijos, al atardecer, ya estén en casa. No obstante, para los pibes tie-

ne algo de intrépido entrar al parque cuando oscurece y espiar a los cirujas en torno al fuego. Hay que juntar coraje para entrar en las sombras y aguantar el miedo que da el viento en los ramajes, el chasquido de los pasos en el bosque, el chistar de una lechuza.

El barrio termina en el arroyo Cildáñez, donde flotan los desperdicios de las curtiembres. Del arroyo para acá, dicen los pretenciosos, se está en Floresta. De aquel lado, y los vecinos lo dicen despectivamente, es Mataderos. Para mi madre, que terminó el secundario y se recibió de perito mercantil, vivimos en Floresta. A mi padre, esta presunción lo disgusta.

Ésos quieren olvidar de dónde vienen, se enoja. Quieren borrar su origen. Pero nadie puede contra la memoria, por más que se la entierre. Nadie, repite.

Vivimos en Mataderos, dice.

Militante socialista, mi padre no defiende sólo su origen. También marca una conciencia de clase. A muchos les avergüenza ser obreros, dice. Preferirían ser oficinistas. Como si los cagatintas no fueran proletarios de cuello blanco.

Mi padre lo dice porque nació de aquel lado del arroyo. Y pasando el arroyo, ahí nomás, vive aún el abuelo tranviario, viudo, con sus hijos solteros, que se le están yendo de las riendas.

Adentrándose en Mataderos, se atraviesan quintas y potreros, el barrio es un caserío habitado por los inmigrantes, los criollos y el malevaje. Se habla de mi-

longas y minas fatales, de naipes y ginebra, de carreras de caballos y guapos, de ladrones y pistoleros que tienen en jaque a la policía.

Mal ambiente, dice mi madre.

Si algo nos queda claro a los pibes es que, más allá de la parada del colectivo, en la esquina de Directorio, hay otra geografía. Pero, para protagonizar ciertas historias, antes es preciso hacerse hombre.

El cine italiano propone como modelo de belleza mujeres opulentas y voluptuosas. Una italiana de la otra cuadra nos parece salida de una película. La mujer vino de Venecia. Y la llamamos así, la Veneciana. Que venga de allá evoca, además de los canales, una sensualidad húmeda. En verano, la Veneciana usa unos soleros escotados. Cuando estamos sentados en un umbral y ella pasa, dejamos caer una moneda. La Veneciana se agacha para levantarla y los pibes aprovechamos para espiar su escote. La Veneciana siempre se agacha, levanta la moneda y, con picardía, se la guarda en el escote. La moneda se desliza por debajo de su vestido y tintinea en la vereda. Alejándose, la Veneciana nos guiña un ojo.

Dai, guaglió, nos dice con picardía.

Y sigue de largo, mientras nosotros luchamos por la moneda, que se nos antoja tibia y perfumada. Según los muchachos del bar de la esquina, que si no tienen experiencia la simulan, la Veneciana tiene la fiebre. Si preguntamos qué es la fiebre, los muchachos, sobrades, nos dicen que todavía somos muy pibes. Ni siquiera tenemos edad para quedarnos en

el bar. Por ahora, lo único que comprendemos es que una mujer con la fiebre no es para casarse.

Un pibe de la vuelta asegura haber debutado. La mujer con que debutó es su tía. Lo escuchamos contar. El pibe asegura que, si uno se la frota con un bife de hígado, la sensación es idéntica.

Otra fórmula para anticiparse a eso que la edad nos veda es la cambiadita: vos intentás ponérsela a un pibe y él, a su vez, trata de ponértela. Esta fórmula tiene un inconveniente serio: el nerviosismo y la vergüenza. El temor de que el otro cuente. Más de uno, después de hacer la cambiadita termina a las piñas con el otro. Los muchachos del bar, con fundamento, comentan que una de las ventajas de haber hecho la cambiadita consiste en que a uno después no le quedan ganas de probar de grande. A menos que te guste. Porque entonces, definitivamente te pasaste del otro lado. El otro lado no es haber cruzado una calle y descubrirse en una zona desconocida. El otro lado es ser otro distinto al que todos creen que es, otro que no sólo los demás sino también uno ignoraba.

Una noche de verano los muchachos cuentan sus proezas. Nosotros, los pibes, estorbamos con nuestra admiración. Quizá para darse más importancia, esa noche los muchachos se ponen a medírsela. Ocho dedos, doce, quince, dieciocho. Mientras se discute si para una mujer es más importante el largo o el grosor, hay uno que cierra la discusión. Ninguno imaginó que alguien pudiera tenerla de

ese tamaño. Cuando ese muchacho se casa, en los primeros tiempos de su matrimonio, sentados en la esquina, miramos pasar a su esposa. Por la manera en que ella camina, aseguramos que su marido la descoyuntó.

Cada historia de los muchachos es siempre una hazaña. Nosotros quisiéramos seguirlos en todo. Son nuestros héroes. Una duda nos va ganando: si son ellos los del colectivo mataputos.

En esta época se dice que un colectivo circula por las noches con las luces apagadas llevando una banda de muchachos armados con cadenas, cachiporras y sevillanas. Uno dice que deben ser los Tacuara. Otro lo corrige: Los Tacuara corren a los rusos. Estos del colectivo persiguen sólo a los putos. Cuando encuentran un puto, se lo cargan y le dan para que tenga. Después al puto lo tiran agonizante en un basural. De ser así, guarda, más te vale que no te encuentren haciendo la cambiadita.

Nosotros sospechamos de los muchachos de la esquina, pero pronto nos damos cuenta de que ellos no pueden ser los mataputos. Hay una anécdota que, al recordarla, los humilla.

Un sábado a la noche, en una whiskería de Flores se encuentran con el marica del barrio. El marica es alto, flaco, rubio, elegante. Da pena que desperdicie esa pinta. Cuando ese sábado por la noche los muchachos lo encuentran en el boliche, lo rodean. El marica quiere alejarse. Pero ellos no lo dejan. Empiezan los chistes de doble sentido, las riso-

tadas. Hay un empujón. Ninguno de los muchachos espera que el marica pueda reaccionar. Pero, con una trompada, el marica derriba al que lo había empujado. Y ahora tiene una sevillana en la mano, lista para cortar. Los muchachos se retiran prometiendo vengarse.

Pero ninguno será tan macho como él.